

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

El Huerto siniestro donde el azahar florecía abonado con humus de cuerpos humanos, ha proyectado su tétrica sombra sobre los últimos días del año 1904 en nuestra patria. Ha sido una revelación nueva de lo que tantas veces deploro en estas Crónicas y que ha podido dar á mis lectores y lectoras de América idea pesimista de nuestro estado social: una prueba clara de lo que, mejor que ningún otro síntoma, descubre la criminalidad: del desequilibrio entre la intensidad de los apetitos y necesidades, y los medios lícitos de ganar dinero para satisfacerlos.

Hace veinticinco años, España se encontraba atrasada, cerrada á las influencias europeas; pero los artículos indispensables estaban más baratos; mil goces y refinamientos (groseros, pero refinamientos al fin) se desconocían; la vida de provincia y de aldea, y aun la de infinitos habitantes de la corte, era modesta, humilde, oscura. Hoy todo cuesta y todo se apetece, y hasta los últimos rincones y lugares llegan los periódicos y los inventos, los relativamente fáciles placeres, pues si es cierto que las subsistencias han encarecido, ciertos deleites se han puesto al llegar de la mano, y las concupiscencias salvan ya la valla de las distancias y de los aislamientos. El español, prodigio de sobriedad, va aprendiendo á comer, beber y usar y abusar de los excitantes, café, tabaco, licores, y de los espectáculos y *sports*; el español, contento antaño con las mozas zahareñas de su lugar, exige ya patchuli, peinados fofos, sayas con orla de puntilla, calzado fino, estrecho, afeites y melindres. El mismo español que se consagra á la vida de familia, busca ya para esa familia desahogo, comodidad, regalo, según su esfera, ó más allá; los niños de un artesano se cortan el pelo á lo Eduardo, y lucen pamelas con lazos y plumas. Claro es que preferentemente se cultiva la apariencia, y hay más de superfluo y de vacío que de positivo y útil en este movimiento transformador; pero todo se da la mano, todo se resuelve en una terrible fórmula: hace falta ganar más, porque es mayor el consumo y más ansiosos los deseos.

¿Cómo lograr este aumento de ganancia? El trabajo... El trabajo es el camino lento, largo, estorbado por obstáculos y competencias. De tanta gente como viene á mi puerta, la inmensa mayoría se queja de no encontrar trabajo. No todos mentirán.

Trabajo se encuentra, pero luchando con trabas, y esta es una de las explicaciones de la emigración á países donde el trabajo, cuando menos, parece brindarse á todo el que lo pide. Y la gente, afanosa de ganar dinero, echa por el atajo: se *ingenia*, palabra tan elástica... El ingenio empieza en la reventa de billetes de lotería, un ganadero de pan que es un término medio entre trabajar y pedir limosna, y termina en la baraja marcada y los negocios de tahurería, los cuales, á su vez, tienen, bajo los naranjos del Huerto del Francés, uno de sus más adecuados desenlaces.

Y se agotaron en Madrid los décimos de la Lotería Nacional, dos días antes del sorteo. A la puerta, un enjambre de desarrapados pregonaba los últimos décimos que quedaban disponibles. Hizose el sorteo, y el premio, un pequeño premio de treinta mil duros, cayó repartido en fracciones (como había sucedido antes con el gordo de Navidad), á las vendedoras de verduras del Rastro. Vieras allí volar por los aires, á manotadas y puntapiés, las hortalizas, volcarse los cestos, desbaratarse los tinglados, que representan el

trabajo, la ocupación diaria. Tres ó cuatro mil pesetas que puedan haberle tocado á una verdulera, alcanzarán para que monte mejor su pequeño tráfico; pero no la redimen del trabajo, no la permiten tirar al aire las remolachas. Este es el único mal de una contribución indirecta muy amable, como la lotería: que cuantos juegan, en vez de tomarla por distracción de un instante, la toman por algo sustantivo, que va á permitirles arrojar al suelo ó esparcir hacia los cuatro puntos cardinales los modestos artículos que constituyen y reportan el sustento diario.

No ha faltado quien se regocijase, en su patriotismo, de que el Huerto se llame «del Francés» y sea nacido en Francia el poseedor de tal matadero-cementerio. Eterno error confundir al individuo con la masa. El individuo poco significa dentro del estado social, y las individualidades excepcionales, en mal ó en bien, se crían en todas las latitudes. Lo grave en estas cuestiones, socialmente miradas, no es que existan dos ó tres criminales del temple de Aldije y Muñoz, sino que una masa de especuladores turbios y equívocos les ofrezca materia abundante para montar el crimen á guisa de industria fructuosa. No me alarman tanto los verdugos del Huerto como sus víctimas.

Y me alarma también, por la misma razón, porque significa algo colectivo, un fenómeno moral, la impresionabilidad malsana de la conciencia pública, indefectiblemente dispuesta al linchamiento en los primeros instantes de descubrirse un crimen, y no menos indefectiblemente eternecida y apiadada á los pocos meses, cuando llega el momento de exigir responsabilidad.

No se apiada aquí la gente de los criminales simpáticos por algún motivo: no discurre ni piensa: no recuerda siquiera, transcurrido tiempo, qué hicieron aquel hombre ó aquella mujer que van al banquillo á responder de sus actos. En mi tierra, no ha mucho, se cometió un crimen semejante á los del Huerto. El móvil, los procedimientos, iguales. No conozco crimen más repulsivo. Al mes, ó al mes y medio, no sólo era disculpado el criminal, sino que gozaba de cierta popularidad, bastarda y reproble. El hecho se ha producido igualmente con Cecilia Aznar, que acabó por heroína de folletín, recibiendo declaraciones amorosas.

Tal vez exista alguna relación entre estas anomalías de la psicología colectiva española y el incremento de la superstición, coincidente con la decadencia de la fe. Que la gente se vuelve supersticiosa, no cabe dudarlo. Díganlo los pases á las jorobas de los revendedores de billetes de lotería, que poseen este talismán. Hay quien cree que con deslizar la mano sobre el paño burdo de la chaqueta, donde hace saliente la contrahechura, tiene asegurado el gordo.

Nunca ha estado tan difundida la aprensión del número trece (en Francia todavía más que aquí); nunca ha sido tan corriente industria la venta de amuletos, fetiches y *porte bonheurs* como actualmente. En otros siglos se prevenía la mala suerte usando reliquias de santos, trozos de *lignum crucis*, algo que se reducía á implorar la protección del cielo; hoy se encomienda este menester á los cerditos de pasta, los ahorcados de níquel, los tréboles cuatrifolios de esmalte verde, los cuernecillos de nácar y otras infinitas bujerías que cuelgan de brazaletes y cadenas, y á las cuales (habiéndolas comprado por tres pesetas en casa del quincallero) se atribuye influjo felicísimo en el destino del portador. Hay en esto un símbolo.

El talismán, en otras épocas traído de Palestina ó de Arabia con riesgo de la piel, ganado á botes de lanza ó adquirido á peso de oro, es hoy objeto de comercio vulgar, de precio módico, accesible á las niñas cursis y á los señoritos desequilibrados que, al oír la palabra *culebra*, se estremecen hasta la raíz del pelo, y colocando los dedos en posición cabalística exclaman: «Lagarto, lagarto, lagarto», con el tono de terror del que ve un peligro inminente y se encomienda á los poderes sobrenaturales...

¿Y qué diré del desarrollo de la superstición en el juego? Fórmase una mesa de tresillo en cualquier casa, y se enzarza la partida. Alrededor de los jugadores se sitúan unos cuantos mirones. Empiezan los jugadores, como es presumible, á perder unos lo que otros ganan. Sin dilación los perdiditos acusan de la pérdida á alguno de los mirones, que, es la frase consagrada, «trae pato.» Y se revuelve angustioso el jugador, y mira con desolación al *jettatore*, y acaba por decirle en voz suplicante: «¡Si quisiese hacerme el favor de cambiar de sitio! Desde que está usted ahí, no he visto una carta.»

El juego—preciso es reconocerlo—abre la puerta

á la superstición. Mil veces me he preguntado qué explicación natural, racional, puede darse al extraño caso de la *vena*, y no supe acertarla. El hecho existe, y nadie que juegue poco ó mucho lo desconoce. Dos observaciones casi constantes: primera, «la vena», que se declara por un individuo una noche ó varias seguidas, y trae á sus manos la carta que necesita, la jugada oportuna, la contra dañina al adversario; y «la negra», que desbarata toda combinación, estropea toda jugada, lleva como por fuerza á auxiliar al contrario. Puede notarse también que la suerte en el juego suele ser patrimonio de los viejos, de los que no brillan, de los que están «fuera de combate» en amor y ambición. Díjese que el juego acata la ley de las compensaciones, que hay en él una obscura equidad. De esta equidad singular sé un caso que es en cierto modo un drama. Me refirieron que un joven oficial, en una de las Antillas que fueron nuestras, murió en duelo á la mañana siguiente de haber ganado una fortuna, en sólo una noche, jugando con fiebre que acaso fuese ansia de olvidar el peligro. Hizose rico en horas, y entre tanto la muerte afilaba su segur. Aquel montón de oro y billetes fué el mullido de su fosa. Y aseguran que él, según ganaba más y más, sentía claramente el desquite que le amenazaba, y extraviados los ojos y el rostro color de yeso, rechazaba la ganancia con una especie de cólera sombría.

Registro mi espíritu y me encuentro ajena á estos terrores del número 13, á los beneficios de los amuletos y de la cuerda del ahorcado, al dañoso efecto del cruce de manos al saludarse cuatro personas, de la culebra, de la rotura de espejos y vuelque de saleros; comprendo que no me alarma el que nadie se siente á verme jugar; y hasta confieso que, al sonar las doce del último día del año, no fundo grandes esperanzas de ventura en las trece uvas que comemos en algún palco de algún teatro, entre bromas y felicitaciones cordiales..., rito supersticioso, que *La Epoca* llama tradicional, y cuyo origen desconozco enteramente, pues hasta hace poco no lo he visto en práctica. Hallo en él la ventaja del siempre grato sabor de las uvas, y aparte de eso, me creo libre de aprensiones, y hago leve movimiento de orgullo...

Pero, un minuto después, registrando mejor, noto que hay dos ó tres cosas que me causan la impresión peculiar del miedo á lo desconocido, que debe de ser raíz de la superstición.

Yo paso un mal rato al escribir, aun estando de luto, una carta en papel de orla negra. El papel de orla negra me es intolerable, me crispa. El lace negro, no. El papel solo. ¿Por qué? No sé decirlo.

Al lado de esta preocupación, tengo la de impresionarme desagradablemente en las habitaciones iluminadas y solitarias. Un salón donde hay mucha luz, sin gente, me estremece. Acaso se deba á una lectura, en mi niñez, de la célebre visión de Gustavo III de Suecia, asesinado por Ankarström. Un surco en la fantasía, abierto en la primera edad, á veces no se borra nunca.

Y para consolarme de tales flaquezas, me acuerdo de una comida literaria en Lhardy, hace muchos años. Entre los comensales figuraba D. Ramón de Campoamor. Cuando llegué al restaurant, no muy retrasada para ser mujer, me encontré al gran autor de las *Doloras* sentado en un rincón del saloncito, recostados el codo y el cuerpo en el aparador, en la actitud más melancólica del mundo. No pude menos de acercarme con interés, y á mi pregunta respondió conternadísimo:

—Somos trece, trece justos... Y yo el más viejo... Esto es jugar un billete á la lotería de la muerte...

Después de muchas risas, mezcladas con investivas, como el poeta siguiese obstinándose en no acercarse á la mesa ni comer pan á manteles, enviamos recado á Fernando Fe, que se puso el frac precipitadamente, y vino á completar el número de catorce y á tranquilizar al ilustre supersticioso...

Y como los periódicos me atribuyesen después á mi la superstición y yo me sorprendiese, el poeta me dijo, muy contrariado:

—¿Por qué no dejaste que te echasen la culpa? Eso, en una señora, extraña menos.

¡Pobre é inolvidable amigo! ¿Qué más da ser mujer que hombre, para este achaque del terror vago y sin causa?

No he llegado á conocer en tal respecto diferencias, ni el valor que se atribuye el hombre le impide padecer los miedos indefinibles...

Y salga por centésima vez el ejemplo de Napoleón Bonaparte, con su agorero de cámara y sus presagios de victoria y derrota.

EMILIA PARDO BAZÁN.